

La familia: un espacio relacional para la educación y la iniciación cristiana

Leopoldo Vives Soto

PONTIFICIO INSTITUTO TEOLÓGICO JUAN PABLO II

VALENCIA

RESUMEN La familia es la más fundamental comunidad educadora. En el proceso educativo la persona es introducida en la realidad creada y del Creador a través de las relaciones interpersonales. La educación tiene una dimensión moral que incluye la configuración del sujeto cristiano. A partir de algunas orientaciones importantes de los tres últimos papas se reflexiona sobre el modo en que la familia proporciona al hijo los elementos fundamentales para su vida, especialmente su filiación divina, y cómo acompaña su crecimiento como sujeto cristiano.

PALABRAS CLAVE Familia, sujeto cristiano, educación, conversión

SUMMARY *The family is the most fundamental community educator. In the educational process, a person receives his or her first introduction to created reality and to the Creator through interpersonal relations. Education possesses a moral dimension that includes the configuration of the Christian person. Beginning with the orientations of the last three Popes, we will study how the family provides the child with fundamental factors for life. This is especially true concerning divine Filiation, and how the family accompanies the growth of the child as a Christian.*

KEYWORDS *Family, Christian person, Education, Conversion.*

INTRODUCCIÓN

“La familia cristiana es la primera comunidad llamada a anunciar el Evangelio a la persona humana en desarrollo y a conducirla a la plena madurez humana y cristiana, mediante una progresiva educación y catequesis”¹. De

1 JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica Familiaris Consortio* (=FC) (22-XI-1981) 2.

este modo, la acción educativa de la familia se configura como la formación del sujeto cristiano, aquél que “es capaz de reconocer el plan de Dios en su vida y, ayudado por la gracia, vivir su vocación al amor como una vocación a la santidad”².

Trataremos esta misión educativa de la familia y cómo esta se desarrolla en la formación del sujeto cristiano en dos partes. En la primera, tomaremos de los tres últimos papas algunos conceptos fundamentales que iluminan nuestro tema y permiten articularlo adecuadamente. Para ello nos centraremos en algunos textos relevantes sin pretender ser exhaustivos ni hacer una presentación sistemática del tema.

En la segunda parte, pasaremos a una presentación del modo en que la familia es el agente fundamental en el proceso de formación del sujeto cristiano. La misión de la familia es introducir al hijo en la plenitud de la vida cristiana, que es una vida sacramental.

¿Qué supone la formación del sujeto cristiano? ¿Cómo la familia puede facilitar que la iniciación cristiana no se reduzca a recibir unos sacramentos, sino que sea un verdadero crecimiento “en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres” (Lc 2,52)? ¿Qué significan los sacramentos en la vida del hijo y cómo la familia introduce al hijo en la comunión con Dios?

Estas son algunas de las preguntas que guían nuestra reflexión y que responderemos a partir de algunas indicaciones de los tres últimos papas.

I. PRIMERA PARTE: ELEMENTOS PARA LA FORMACIÓN DEL SUJETO MORAL

1. JUAN PABLO II

Comencemos con Juan Pablo II, en la *Familiaris Consortio* (FC). En ella habla de la educación de los hijos en los números 36 a 41. Ahí nos recuerda que “La familia es la primera y fundamental escuela de socialidad; como comunidad de amor, encuentra en el don de sí misma la ley que la rige y hace crecer. El don de sí, que inspira el amor mutuo de los esposos, se pone como modelo y norma del don de sí que debe haber en las relaciones entre

2 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Directorio de la Pastoral Familiar de la Iglesia en España* (Madrid 2003) 22.

hermanos y hermanas, y entre las diversas generaciones que conviven en la familia” (FC 37).

Sabemos que el concepto de don es muy importante para Juan Pablo II³. Precisamente el amor se realiza con el don de sí a la persona amada. Por eso, el don de sí es una dinámica fundamental en la vida familiar y en la educación de los hijos.

Para comprender mejor por qué el don de sí es tan central en la vida familiar, nos ayuda volver a FC 11 donde nos habla de la vocación del hombre al amor. Ahí nos dice que el amor es “la vocación fundamental e innata de todo ser humano. En cuanto espíritu encarnado, es decir, alma que se expresa en el cuerpo informado por un espíritu inmortal, el hombre está llamado al amor en esta su totalidad unificada. El amor abarca también el cuerpo humano y el cuerpo se hace partícipe del amor espiritual” (FC 11). El hombre, por tanto, está llamado a vivir el amor como don de sí a los demás, y esto va a implicar tanto al cuerpo como al alma.

Pasemos ahora a la *Carta a las Familias*. En ella nos propone dos verdades fundamentales para comprender en qué consiste la educación: “La primera es que el hombre está llamado a vivir en la verdad y en el amor. La segunda es que cada hombre se realiza mediante la entrega sincera de sí mismo. Esto es válido tanto para quien educa como para quien es educado” (*Carta a las Familias* 16). De este modo, Juan Pablo II reitera la importancia del don de sí, añadiendo una nueva dimensión a la vida de la persona: el hombre está llamado a vivir en la verdad y en el amor.

2. BENEDICTO XVI

El Papa Ratzinger visitó España con ocasión del V Encuentro Mundial de las Familias, que se celebró en Valencia en Julio de 2006. El tema fue “La transmisión de la fe en la familia”. En este contexto, Benedicto XVI nos presenta a los esposos como portadores de un patrimonio de vida y experiencia

3 En su “teología del cuerpo”, Karol Wojtila da mucha importancia al concepto de don, y habla de una “hermenéutica del don”. Cf. catequesis 13 a 19 en JUAN PABLO II, *Hombre y mujer los creó. Catequesis sobre el amor humano* (Madrid 2000) 115-145. También le vemos citar con frecuencia GS 24, “el hombre ... no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás”.

que reciben de las generaciones anteriores y que están llamados a transmitir a los hijos. La fe es parte fundamental de este patrimonio.

Cuando un niño nace, a través de la relación con sus padres empieza a formar parte de una tradición familiar, que tiene raíces aún más antiguas. Con el don de la vida recibe todo un patrimonio de experiencia... Los hijos crecen y maduran humanamente en la medida en que acogen con confianza ese patrimonio y esa educación que van asumiendo progresivamente⁴.

Cada persona está llamada a hacer propio ese conjunto de experiencias, valores y verdades básicas que ha recibido en la familia. Esta síntesis se realiza implicando la propia libertad. La fe también se recibe libremente, pues ésta no es “una mera herencia cultural, sino una acción continua de la gracia de Dios que llama y de la libertad humana que puede o no adherirse a esa llamada”⁵.

“La educación cristiana es educación de la libertad y para la libertad”⁶, y por ello, “una de las tareas más grandes de la familia es la de formar personas libres y responsables. Por ello los padres han de ir devolviendo a sus hijos la libertad, de la cual durante algún tiempo son tutores”⁷. Eso permitirá al hijo elaborar esa síntesis personal entre lo recibido y las propias circunstancias.

El segundo punto que queremos recoger de Benedicto XVI es la relación entre la verdad y el amor, que ya encontramos en Juan Pablo II. Esta relación está en la base de la encíclica social del papa alemán *Caritas in Veritate*⁸. En los primeros números de la encíclica profundiza en la relación entre verdad y caridad que en Juan Pablo II hemos visto tan sólo enunciado.

Este modo de comprender la relación entre la verdad y la caridad es casi un programa pedagógico:

Sólo en la verdad resplandece la caridad y puede ser vivida auténticamente. La verdad es luz que da sentido y valor a la caridad. Esta luz es simultáneamente la de la razón y la de la fe, por medio de la cual

4 BENEDICTO XVI, *Homilía en el V Encuentro Mundial de las Familias* (Valencia, 9-VII-2006).

5 *Ibid.*

6 *Ibid.*

7 *Id.*, *Discurso en el V Encuentro Mundial de las Familias* (Valencia, 8-VII-2006).

8 *Id.*, *Carta encíclica Caritas in veritate (=CV)* (29-VI-2009).

la inteligencia llega a la verdad natural y sobrenatural de la caridad, percibiendo su significado de entrega, acogida y comunión. Sin verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo. El amor se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente. Éste es el riesgo fatal del amor en una cultura sin verdad. Es presa fácil de las emociones y las opiniones contingentes de los sujetos, una palabra de la que se abusa y que se distorsiona, terminando por significar lo contrario. La verdad libera a la caridad de la estrechez de una emotividad que la priva de contenidos relacionales y sociales, así como de un fideísmo que mutila su horizonte humano y universal. En la verdad, la caridad refleja la dimensión personal y al mismo tiempo pública de la fe en el Dios bíblico, que es a la vez *Agapé* y *Lógos*: Caridad y Verdad, Amor y Palabra (CV 3).

2. FRANCISCO

El tema recién tratado de la relación entre verdad y amor reaparece en la primera encíclica de Francisco que, como él mismo dice, debe mucho al papa Benedicto XVI⁹. En el número 27 de la encíclica *Lumen Fidei*, Francisco nos dice:

Sólo en cuanto está fundado en la verdad, el amor puede perdurar en el tiempo, superar la fugacidad del instante y permanecer firme para dar consistencia a un camino en común. Si el amor no tiene que ver con la verdad, está sujeto al vaivén de los sentimientos y no supera la prueba del tiempo. El amor verdadero, en cambio, unifica todos los elementos de la persona y se convierte en una luz nueva hacia una vida grande y plena. Sin verdad, el amor no puede ofrecer un vínculo sólido, no consigue llevar al 'yo' más allá de su aislamiento, ni librarlo de la fugacidad del instante para edificar la vida y dar fruto (LF 27).

Y continúa:

9 Cf. FRANCISCO, *Carta encíclica Lumen fidei* (=LF) (29-VI-2009) 7.

Si el amor necesita la verdad, también la verdad tiene necesidad del amor. Amor y verdad no se pueden separar. Sin amor, la verdad se vuelve fría, impersonal, opresiva para la vida concreta de la persona. La verdad que buscamos, la que da sentido a nuestros pasos, nos ilumina cuando el amor nos toca. Quien ama comprende que el amor es experiencia de verdad, que él mismo abre nuestros ojos para ver toda la realidad de modo nuevo, en unión con la persona amada (LF 27).

Pasemos ahora a la exhortación apostólica *Amoris Laetitia*¹⁰ donde Francisco trata el tema de la educación de manera extensa, especialmente en el séptimo capítulo titulado “Fortalecer la educación de los hijos” (AL 259-292). En este pequeño tratado sobre la educación el papa recuerda la misión de sostén, de acompañamiento y de guía de la familia. Junto al realismo respecto de las dificultades que hoy pueden encontrar los padres en su relación con los hijos, destaca también el poder de la relación afectiva entre ellos y la necesidad de personalizar el proceso de formación del sujeto cristiano. Pasamos a destacar lo que es más relevante para nuestro tema.

Formar al hijo es darle las herramientas para que pueda ejercer su libertad para el bien. “Lo que interesa sobre todo es generar en el hijo, con mucho amor, procesos de maduración de su libertad, de capacitación, de crecimiento integral, de cultivo de la auténtica autonomía” (AL 261). De hecho, los hijos se encontrarán en encrucijadas en la que tendrán que responder con sentido e inteligencia (cf. AL 262). En esas encrucijadas no bastará saber lo que está bien: “Para obrar bien no basta ‘juzgar adecuadamente’ o saber con claridad qué se debe hacer –aunque esto sea prioritario–” (AL 65).

Para estas decisiones, es decisiva la confianza en los padres: “El desarrollo afectivo y ético de una persona requiere de una experiencia fundamental: creer que los propios padres son dignos de confianza. Esto constituye una responsabilidad educativa: generar confianza en los hijos con el afecto y el testimonio, inspirar en ellos un amoroso respeto” (AL 263).

También es necesaria la virtud, esa inclinación afectiva hacia el bien, para que la libertad pueda madurar:

10 *Id.*, *Exhortación apostólica Amoris laetitia* (=AL) (19-III-2016).

La libertad es algo grandioso, pero podemos echarla a perder. La educación moral es un cultivo de la libertad a través de ... revisiones del modo de actuar y diálogos que ayuden a las personas a desarrollar esos principios interiores estables que mueven a obrar espontáneamente el bien. La virtud es una convicción que se ha transformado en un principio interno y estable del obrar. La vida virtuosa, por lo tanto, construye la libertad, la fortalece y la educa (AL 267).

Terminamos esta primera parte recogiendo los elementos en el magisterio de los tres últimos papas que hemos asumido marco de referencia sobre el que desarrollar nuestra reflexión. Estos elementos son: la vocación al amor, el don de sí, la unidad de verdad y amor, el papel fundamental de la libertad, y la necesidad de la virtud.

II. SEGUNDA PARTE: PAPEL DE LA FAMILIA EN LA FORMACIÓN DEL SUJETO MORAL

1. LA FAMILIA, ÁMBITO ORIGINARIO PARA LA FORMACIÓN DE LA PERSONA

La familia es el ámbito primero y fundamental para la formación de la persona. Baste recordar las indicaciones que nos ofrecen el *Catecismo de la Iglesia Católica* y el *Compendio*:

El hogar es así la primera escuela de vida cristiana y escuela del más rico humanismo. Aquí se aprende la paciencia y el gozo del trabajo, el amor fraterno, el perdón generoso, incluso reiterado, y sobre todo el culto divino por medio de la oración y la ofrenda de la propia vida (CCE 1657).

La familia cristiana es llamada Iglesia doméstica, porque manifiesta y realiza la naturaleza comunitaria y familiar de la Iglesia en cuanto familia de Dios. Cada miembro, según su propio papel, ejerce el sacerdocio bautismal, contribuyendo a hacer de la familia una comunidad de gracia y de oración, escuela de virtudes humanas y cristianas y lugar del primer anuncio de la fe a los hijos (CCCE 350).

Es en la familia donde el niño que nace es introducido a las relaciones personales y a la relación con el mundo. Ser hijo de sus padres es su más fundamental identidad. Su relación con sus padres formará sus afectos e introducirá al hijo en la tradición de la propia familia enraizada en las generaciones anteriores¹¹. Así, es en la relación con el mundo como creación como el hijo entra en relación con el Creador. Nos dice Raúl Sacristán, “la vida familiar es el camino para la introducción del hijo a su relación con Dios, principio de todo lo que existe y garante de la verdad, por ser la verdad misma. Es por tanto aquí donde encontramos el camino adecuado para la construcción de la moralidad”¹².

Educar al hijo es introducirlo en la realidad, la realidad de su propia familia como espacio fundamental de relaciones, la realidad de un mundo creado por amor, la realidad de la paternidad de Dios y la vocación a la santidad. Es un único proceso donde todos estos elementos están interconectados y son inseparables.

Vamos a considerar este proceso desde el modo en que el hijo descubre y desarrolla su vocación al amor. Para ello nos puede servir el conocido texto de *Redemptor Hominis* 10: “El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente”. Podemos identificar una progresión, que es precisamente el modo en que el hijo va a entrar en la dinámica del amor.

El amor es revelado al hijo en el amor gratuito e incondicional de los padres. Le es revelado como un don primero y una promesa. Y dando un paso más, remite al amor de Dios de quien proviene toda paternidad (cf. Ef 4,21). Esta revelación del amor sucede en ese encuentro con los padres y su amor. De este modo el hijo es capaz de experimentarlo y viendo su bondad acogerlo en su corazón: lo hace propio. Finalmente, por su respuesta, participa en ese amor que es una comunión de personas en la que es acogido. Esta comunión

11 Cf. J. GRANADOS, “¿Puede educarse el cuerpo? La integración de los afectos”, en: J. GRANADOS – C. GRANADOS, *Educación los afectos. Un reto para la familia y la escuela* (Madrid 2021) 32.

12 R. SACRISTÁN, “‘Tu amigo está enfermo’. Sobre la reconstrucción sujeto moral”, en: J. J. PÉREZ-SOBA – A. FRIGERIO (eds.), *Ricostruire il soggetto morale cristiano* (Siena 2019).

444. Cf. también R. SACRISTÁN, *Movidos por el amor. Estudio del dinamismo afectivo* (Madrid 2021).

de personas que acoge al hijo no es sólo la familia; es también la Iglesia y últimamente la Trinidad, comunión del Padre y el Hijo en el Espíritu Santo.

De este modo, acogiendo el amor y entrando en una comunión de personas el hijo comienza su camino en la vocación al amor, que con el tiempo le llevará a una elección vocacional (ser esposo) en la que se hará fecundo el don de sí (paternidad). Por tanto, se es hijo para llegar a ser esposo y padre.

Esta comunión se realiza en el don de sí y la acogida del otro, que constituye la gramática fundamental del amor y de la comunión familiar.

El don de sí, que inspira el amor mutuo de los esposos, se pone como modelo y norma del don de sí que debe haber en las relaciones entre hermanos y hermanas, y entre las diversas generaciones que conviven en la familia. La comunión y la participación vivida cotidianamente en la casa, en los momentos de alegría y de dificultad, representa la pedagogía más concreta y eficaz para la inserción activa, responsable y fecunda de los hijos en el horizonte más amplio de la sociedad (FC 37).

2. UNIDAD DE VERDAD Y AMOR

En la formación y la vida moral de la persona hay dos coordenadas fundamentales: el conocimiento del bien y elegir actuarlo. Por otro lado, el dinamismo de la acción no se reduce a operaciones espirituales, sino que implica el propio cuerpo. Por eso la vida moral incluye también la afectividad de la persona y sus deseos. Ahora nos queremos fijar en la verdad como objeto de conocimiento afectivo y la voluntad como realización del deseo de lo que es bueno. Ambos, como hemos visto de la mano de los últimos papas, están intrínsecamente unidos. Y lo están de manera particular en la experiencia primera del hijo en su relación con los padres.

“Si el amor necesita la verdad, también la verdad tiene necesidad del amor. Amor y verdad no se pueden separar. Sin amor, la verdad se vuelve fría, impersonal, opresiva para la vida concreta de la persona” (LF 27). Este es el modo propio en que el hijo se encuentra con la verdad: desde el amor de sus padres. No es por tanto una verdad impersonal, que mido con mis fuerzas o considero intelectualmente, sino que es una verdad que se percibe como bien propio en la relación de amor filial. Esta dimensión filial abre de manera

natural a la paternidad divina, y al que es la verdad en persona (cf. Jn 14,6), aquél que nos amó hasta el extremo (cf. Jn 13,1). Hay en la verdad y el amor una sacralidad natural que abre decisivamente a una dimensión religiosa.

Es además una verdad que se me ofrece como promesa pues es desde el don primero del amor y la comunión donde ese bien no sólo no es inalcanzable, sino que me es dado. Así se realiza lo que el papa Francisco nos dice: “Quien ama comprende que el amor es experiencia de verdad, que él mismo abre nuestros ojos para ver toda la realidad de modo nuevo, en unión con la persona amada” (LF 27).

Los padres, para introducir al hijo en la verdad del amor, ellos mismos necesitan vivirlo con honestidad. Aquí entra el papel de la Iglesia que, como madre y maestra, introduce a sus hijos en la verdad, una verdad que es Jesucristo. Los padres podrán así introducir a sus hijos en la verdad y el amor. Importante responsabilidad para la que no están solos.

En nuestra sociedad, marcada por el individualismo y el emotivismo, esta unidad de verdad y amor no es algo obvio. Benedicto XVI nos ha advertido de este peligro: “Sin verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo. El amor se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente. Éste es el riesgo fatal del amor en una cultura sin verdad” (CV 3). Por eso este aspecto es hoy más delicado en la educación de los hijos.

Los hijos aprenden que hay una verdad en el amor más allá de los propios sentimientos y del “sentirse bien” en la relación filial¹³. En palabras del papa Francisco, “Crear que somos buenos sólo porque ‘sentimos cosas’ es un tremendo engaño” (AL 145). Los padres muestran que el afecto no es un mero sentimiento, sino una promesa que es verificable en el tiempo. Cuando los padres actúan en consecuencia con sus palabras, cuando cumplen sus promesas, cuando se sacrifican por el bien mutuo y de los hijos, éstos aprenden que más allá de los sentimientos hay una roca firme, una promesa de la que fiarse y un don sobre el que se puede construir la propia vida¹⁴. De este modo también ellos aprenden la verdad del amor y la fidelidad a las promesas hechas, a reconocer el don que han recibido y llevarlo a cumplimiento¹⁵.

13 Cf. J. LARRÚ, “La conciencia de pecado y la llamada a la conversión en el contexto cultural actual”: *Teología y Catequesis* 146/1 (2020) 17.

14 Cf. G. ANGELINI, *Educación, se debe, pero ¿se puede?* (Madrid 2022) 61-62.

15 Como momento importante en su propia maduración, el niño también aprenderá a hacer también él mismo promesas: “Al prometer, el niño no limita, sino que amplía su horizonte de libertad, abriéndose así a la posibilidad de llegar a ser una

3. DIMENSIÓN MORAL DE LA EDUCACIÓN. LAS VIRTUDES

Nuestra relación con el mundo es por la mediación del cuerpo, de nuestra carne. Nuestras relaciones no son un espíritu autosuficiente que alcanza de modo inmediato a otro espíritu, sino relaciones mediadas por la carne, y por tanto nuestras relaciones con los demás necesitan de las cosas buenas que hacen posible el bien de la persona amada. Esta mediación del cuerpo y del bien nos recuerdan que la moral es una dimensión esencial de la vida de la persona. Esta dimensión moral aparece ya desde el principio de la vida del niño¹⁶.

La perspectiva del don y de la vocación al amor en la que nos basamos tiene sus consecuencias en la descripción del proceso de formación del sujeto cristiano. “El orden del amor plasma en el sujeto un orden de virtudes, que permite la unidad interior de la verdad y el amor”¹⁷. Es una tarea que consiste “en integrar los afectos, las inclinaciones y los sentimientos según la verdad de la vocación personal, de modo que la persona pueda llegar a plenitud en el don de sí misma”¹⁸. Vamos a destacar ahora algunos elementos de este proceso de la generación del sujeto cristiano en la educación y el desarrollo de las virtudes.

En primer lugar, reconocer en el propio corazón una *connaturalidad con el bien*. Como hemos visto, la relación de amor con los padres introduce al hijo en un mundo bueno, acogedor. Ese bien tiene un eco en los afectos, en el corazón. La ley, que nos protege del mal y nos indica el bien, no es una pesada norma extraña, sino algo que deseo cumplir pues me ayuda a alcanzar ese bien que enriquece la relación de amor. Por eso, “La educación moral trata, más bien, de hacer explícita la ley inscrita desde el inicio en las formas inmediatas de la vida; en particular, en las formas del vínculo que une al hijo con los padres y, por tanto, con el mundo entero”¹⁹.

persona íntegra, un adulto cabal, un hombre prometedor. La primera es mucho más que la simple constancia. Se manifiesta y se perfecciona bajo la forma de una fidelidad que es creativa” (J. GRANADOS – C. GRANADOS, *Educación de los afectos*, 9).

16 Cf. ANGELINI, *Educación, se debe, pero ¿se puede?*, 57-58.

17 L. MELINA, “¿Del desierto a la tierra prometida? La profecía de San Juan Pablo II en la crisis actual”, en: J. GRANADOS – L. MELINA, *La verdad del amor* (Madrid 2022) 45.

18 *Ibid.*

19 ANGELINI, *Educación, se debe, pero ¿se puede?*, 147.

Además, “lo que educa el afecto del hijo no es el padre o la madre aislados, sino el vínculo entre sus padres, un vínculo que se abre más allá de ellos. Sólo si percibe un amor más grande que el amor de sus padres, un amor que está en el origen de su vida, podrá el deseo del hijo superar el horizonte marcado por sus padres”²⁰, pues “quien educa no quiere sólo que alcancemos los bienes que deseamos, sino que deseemos lo bueno y lo grande, más allá de nuestro deseo inicial”²¹. Así, la experiencia del bien abre al hijo al que es “bueno” (Mc 10,18): Dios.

En segundo lugar, es necesaria la *educación de la afectividad* y la formación de las virtudes. Dice Giuseppe Angelini, “la moral no debe ser entendida en forma de obligaciones. La visión del deber moral como obediencia a la ley contra la inclinación del sentimiento está muy difundida, pero también está muy equivocada. La naturaleza del deber del hombre viene señalada sobre todo a través de las formas de su experiencia grata y prometedora”²². Son estas experiencias gratas las que confirman esa connaturalidad con el bien que reconocemos afectivamente y educan el deseo. Así, poco a poco, se desarrollan las virtudes que son esenciales para la vida moral²³.

En tercer lugar, todo este proceso se realiza de modo *relacional*, pues “para formar el afecto es necesario en primer lugar una comunidad de intercambio mutuo, una comunidad de dar y recibir”²⁴. Los vínculos del hijo con los padres y a través de ellos con el mundo creado y con Dios mismo crean ese espacio relacional donde el hijo encuentra a los demás y también encuentra esos bienes que forman parte de la relación amorosa. Realizando el bien y la verdad en la comunión, el hijo se hace él mismo bueno y verdadero²⁵. Por ello, la moral es vida, como la fe. La fe no se reduce a la aceptación de unas verdades, sino que es una relación de comunión con Dios. Es decir, la fe y la vida moral son vida sacramental, porque es en los sacramentos donde

20 J. GRANADOS, “¿Puede educarse el cuerpo?”, 34.

21 *Ibid.* 37.

22 ANGELINI, *Educación, se debe, pero ¿se puede?*, 57-58.

23 Sobre el modo en que a lo largo de la historia se ha comprendido el papel de la virtud en la educación, ver F. PESCI, “Educación de las virtudes”, en: J. NORIEGA – R. & I. ECOCHARD, *Diccionario de sexo, amor y fecundidad* (Madrid 2022) 254-262.

24 GRANADOS, “¿Puede educarse el cuerpo?”, 40.

25 Así lo indicó BENEDICTO XVI EN SU *Homilía* en Colonia por la Jornada Mundial de la Juventud, el 21 de agosto de 2005: “La libertad no quiere decir gozar de la vida, considerarse absolutamente autónomo, sino orientarse según la medida de la verdad y del bien, para llegar a ser, de esta manera, nosotros mismos, verdaderos y buenos”.

entramos en el espacio relacional de Jesucristo para vivir una comunión con Él y por Él con el Padre. Por eso en la formación del sujeto moral “hay que reconocer un vínculo muy estrecho entre la religión y la moral; es más, hay que reconocer la identidad sustancial entre ambas”²⁶.

Por último, formación del sujeto moral e *iniciación cristiana* se requieren mutuamente. “La educación de los hijos debe estar marcada por un camino de transmisión de la fe ... el hogar debe seguir siendo el lugar donde se enseñe a percibir las razones y la hermosura de la fe, a rezar y a servir al prójimo. Esto comienza en el bautismo” (AL 287). En efecto, la vida de la persona se juega en las relaciones personales. Este espacio relacional fundamental se abre a otras relaciones, especialmente a la Iglesia y a Jesucristo. Podemos hablar de los sacramentos como una entrada en el espacio relacional abierto por Jesús en su carne, una “apertura al espacio simbólico de relaciones de Jesús”²⁷. Los sacramentos son también el modo ordinario en que recibimos la gracia y el don del Espíritu Santo que son necesarios para la formación de las virtudes cristianas. En ellos se nos da el don de esa comunión con Dios que es el principio de la vida moral.

4. LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO EN LA EDUCACIÓN

Hemos visto la familia como ámbito fundamental de la formación de la persona. También hemos visto la importancia de las relaciones para el modo en que el sujeto moral se va configurando. Ahora bien, este espacio relacional no se agota en la familia y después el mundo creado. El niño entra en una red de relaciones más amplia, su comunidad originaria se extiende más allá: la Iglesia.

Los padres introducen a su hijo en ese “espacio relacional” que es la Iglesia de dos modos. El primero y más fundamental, es a través de los sacramentos de iniciación, presentando al hijo para ser bautizado y que de ese modo entre en esa relación filial con Dios Padre, pues “la filiación divina recibida en la fuente bautismal, lejos de ser un simple dato, es un vigoroso

26 ANGELINI, *Educación, se debe, pero ¿se puede?*, 148.

27 J. GRANADOS, *Tratado general de los sacramentos* (Madrid 2017) 211-220.

dinamismo de configuración e identificación con Cristo, el Hijo del Padre”²⁸. El segundo, derivado del primero, integrándose de modo activo en la comunidad eclesial, acompasando el ritmo de la vida familiar con el ritmo de la liturgia: semanalmente con la eucaristía dominical y a lo largo del año con la celebración de los sacramentos, los aniversarios y los tiempos litúrgicos. Somos conscientes de la importancia de esta segunda dimensión, y debemos insistir en ella: “La religión ... no puede ser un capítulo de la educación, ni puede ser, en general, un capítulo de la vida; o es la forma del todo o no es”²⁹.

La Iglesia es ese espacio relacional “histórico” donde entramos en relación con Jesucristo. Pero sabemos que el espacio relacional de Jesucristo tiene una dimensión más fundamental: su relación con el Padre en el Espíritu Santo. Esta es la comunión que buscamos en los sacramentos y en la Iglesia. Por ello podemos decir que la comunión originaria de la Iglesia nos introduce en la comunión trinitaria, que es para nosotros la comunión originaria primordial.

Así se desvela plenamente la profundidad del misterio que el hijo vive en su propia vida familiar. En esta dinámica comunal del espacio relacional que se abre al hijo, hay una primera dimensión inmediata y visible, que es la comunión familiar. Podemos decir que esta comunión familiar es sacramental, pues hace visible una realidad más profunda, que es la comunión eclesial. En los sacramentos, el signo y la realidad significada no están separados. De modo semejante, familia e Iglesia no son dos espacios paralelos sino un único espacio relacional donde las relaciones familiares se abren a un “nosotros” más grande; son parte de un espacio relacional mayor. Y en la misma dinámica, la familia vive en la Iglesia que es “como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (*Lumen Gentium* 1). Es decir, la misma vida familiar es el lugar donde el hijo vive su vida sacramental y de comunión con Dios, no como algo superpuesto, añadido o ajeno, sino intrínseco y constitutivo de la urdimbre de ese espacio relacional.

Esta “gramática trinitaria” de la vida familiar expresa plenamente el dato de la creación del ser humano a imagen y semejanza de Dios como varón y mujer, y por tanto llamado al amor (cf. FC 11). Como dice la *Gaudium et Spes*,

28 J. LARRIÚ, “La dinámica conversiva de la acción en Santo Tomás de Aquino”, en: M. CHIOLDI – J. J. PÉREZ-SOBA (eds.), *L'azione, fonte di novità: teoria dell'azione e compimento della persona; ermeneutiche a confronto* (Siena 2010) 330.

29 ANGELINI, *Educar, se debe, pero ¿se puede?*, 148.

hay “una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad” (GS 24). Es el Espíritu Santo, como vínculo de comunión del Padre y el Hijo en la Trinidad, el que realiza esta comunión en la verdad y en la caridad. Lo hace primeramente por la caridad conyugal de los esposos³⁰. Lo hace también en las relaciones de amor que se viven en la familia, pues brotando de un corazón que vive su relación filial con Dios, ese amor familiar es también caridad cristiana (cf. Rom 5,5). Y ciertamente lo hace como vínculo de comunión de la Iglesia.

En consecuencia, el Espíritu Santo, que dinamiza internamente las relaciones de amor en la familia, en la Iglesia y en la Trinidad, actúa a través de estas relaciones en el corazón del hijo que es educado. Podemos decir que el Espíritu Santo, que plasmó el corazón del Verbo Encarnado, plasma también el corazón del hijo para que viva una vida plenamente filial³¹. Plasma sus afectos para que reconozca el bien, la verdad y la belleza como participación de la Bondad, la Verdad y la Belleza de Dios. Ilumina la mente y fortalece la voluntad para que elija lo bueno y verdadero para llegar así a participar de la bondad y la verdad de Dios. Infunde las virtudes para que pueda realizar el bien elegido, que es siempre una elección referida a la persona amada.

5. LA LIBERTAD PERSONAL Y SU PAPEL EN LA FORMACIÓN DEL SUJETO

Benedicto XVI recordó cómo “los hijos crecen y maduran humanamente en la medida en que acogen con confianza ese patrimonio y esa educación que van asumiendo progresivamente. De este modo son capaces de elaborar una síntesis personal entre lo recibido y lo nuevo, y que cada uno y cada ge-

30 La “caridad conyugal” es un concepto que introduce Juan Pablo II en la *Familiaris Consortio*. Este concepto es fundamental para entender la dinámica profunda del matrimonio en que se basa la vida familiar. Estas son las palabras con las que lo introduce: “El Espíritu que infunde el Señor renueva el corazón y hace al hombre y a la mujer capaces de amarse como Cristo nos amó. El amor conyugal alcanza de este modo la plenitud a la que está ordenado interiormente, la caridad conyugal, que es el modo propio y específico con que los esposos participan y están llamados a vivir la misma caridad de Cristo que se dona sobre la cruz” (FC 13). Para comprender este concepto de “caridad conyugal” y sus implicaciones, véase L. DE PRADA, *La caridad conyugal, una amistad que construye una vida* (Madrid 2017).

31 Cf. J. NORIEGA, “La missione morale della Chiesa e la legge dello Spirito”, en: J. J. PÉREZ-SOBA – A. FRIGERIO (eds.), *Ricostruire il soggetto morale cristiano* (Siena 2019) 199-215.

neración está llamado a realizar”³². “Por ello los padres han de ir devolviendo a sus hijos la libertad, de la cual durante algún tiempo son tutores”³³.

Durante los primeros años, el niño vive un ambiente que él no ha determinado. Participa de una comunión que le es ofrecida como don. Recibe el patrimonio de una tradición familiar. Todo esto es algo recibido, pero que no pertenece todavía *intencionalmente* a su identidad personal. Es el paso a la adolescencia el que marcará el momento de integrar como propio lo recibido y elegir libremente esos elementos recibidos que, aunque tienen su origen en otros, están llamados a ser totalmente propios.

En efecto, “la formación del sujeto depende de su voluntad. El hombre vive el riesgo de su libertad; de algún modo nosotros somos nuestros mismos progenitores, creándonos como queremos y, con nuestra elección, dándonos la forma que queremos. En este sentido, el sujeto, a través de sus propios actos, puede construirse o caer en un vacío voluntario y entonces des-hacerse”³⁴.

Esta elección libre no es independiente de las relaciones afectivas. Singularmente el padre, aunque también la madre, es una mediación fundamental para la experiencia de la paternidad divina³⁵. Por ello, en una familia que vive la fe y el amor, el hijo está en una posición mucho mejor para elegir bien y con serenidad. Una familia desestructurada o problemática hará mucho más difícil esta elección que es determinante para los años que lo llevarán a la vida adulta. Si ese es el caso, será muy importante el papel de la Iglesia como espacio relacional donde el adolescente puede encontrar relaciones afectivas significativas. El amor de Dios Padre siempre garantiza que todo hijo pueda encontrar una verdadera paternidad. Ahora bien, si la mediación del padre falla, será un camino mucho más difícil para el hijo.

Las dificultades que pueden aparecer al personalizar el legado recibido evidencian, como dice Angelini, que “la educación moral no puede ser comprendida como si tratara de propiciar el conocimiento de los pretendidos ‘valores’, los cuales se convertirían luego por sí mismos en principios del comportamiento moral”³⁶. Estos principios le son dados al hijo con la educación, pero él tiene que elegirlos libremente y comprometer su vida con ellos.

32 BENEDICTO XVI, *Homilía en el V Encuentro Mundial de las Familias*.

33 *Ibid.*

34 PÉREZ-SOBA – FRIGERIO, *Ricostruire il soggetto morale cristiano*, 14.

35 Cf. A. SCOLA, *El misterio nupcial* (Madrid 2001) 310-311.

36 ANGELINI, *Educare, se deve, pero ¿se puede?*, 147.

Esta elección no es un proceso deductivo ni meramente intelectual. El reconocimiento de la bondad de la vida familiar mueve de modo decisivo a la libertad para abrazar lo que se ofrece como don. Como en toda elección, los afectos y la virtud que los orienta al bien juegan un papel importante. En cierta manera podríamos afirmar que la persona hace más una elección de amor que un juicio intelectual. Su libertad elige confiar en las personas que le han mostrado su amor y en su entrega diaria se han mostrado dignas de esa confianza. En efecto, “la raíz de la libertad está el amor, y la intensidad del amor está en la base de la libertad para depender... la libertad no se conquista, sino que se recibe como don de aquel que nos ama”³⁷.

Afirmar que la libertad se recibe como don nos recuerda que el hombre no es libre para elegir su propio fin, sino sólo para quererlo y poder dirigirse a él³⁸. Su vida cobra sentido en la invitación divina a participar en comunión intratrinitaria. Es una comunión que se ofrece como don. La libertad aparece entonces como la posibilidad de acoger el don para construir la comunión. Pero siempre tiene como premisa un don originario, que la precede. Don que se recibe primeramente en la familia.

6. LA CONVERSIÓN Y LA RECONSTRUCCIÓN DEL SUJETO MORAL

El Papa Francisco ha sido decisivo para tomar conciencia de la debilidad de la persona y su fragilidad a la hora de seguir a Cristo y vivir conforme a la ley moral. ¿Cómo resolver esta aparente oposición entre verdad y conciencia, ley y libertad? El modo en que concibamos el sujeto moral va a determinar la respuesta a esta pregunta y también el camino concreto de seguimiento de

37 A. CENCINI, *Virginidad y celibato hoy* (Santander 2006) 189.

38 Este concepto de libertad es el cristiano, frente al concepción tardo-moderno de la libertad de elección. A este respecto, A. Scola nos dice: “Existe la tendencia a identificar la libertad, de modo absoluto, con la mera libertad de elección. En cambio, no se considera que la libertad de elección debe, por una parte, responder a la inclinación a la autorrealización contenida en la naturaleza de todo hombre y, por tanto, capaz de orientar la realidad social a partir del hecho primordial que supone la familia y, por la otra, se olvida que, en última instancia, es el mismo Infinito el que provoca la libertad a que se mueva. Una libertad que no parta del *amor naturalis*, como decía Santo Tomás, es decir, de las inclinaciones con las que la naturaleza nos hace tender a nuestro cumplimiento, y que no respete el movimiento hacia el infinito constitutivo de lo humano, es una libertad que se encalla y se revela incapaz de realizar todas las exigencias que la mueven. Cree que es capaz de producir por sí misma su propio bien” (SCOLA, *El misterio nupcial*, 365).

Cristo, que en muchos casos será un camino de conversión y reconstrucción del sujeto moral.

En nuestra exposición hemos presentado el plan de Dios, cómo Dios ha creado al hombre y lo llama a una comunión con los otros y con Él. Pero sabemos que las consecuencias del pecado original están ahí y muchas veces nos apartamos del plan de Dios. Además, hay muchos hogares en nuestra sociedad donde no se vive con generosidad el don de sí ofreciendo ese espacio de relaciones que permite la construcción del sujeto, y muchos niños y jóvenes tienen profundas heridas por la falta de ese ambiente fundamental. Por ello es necesario incluir esta perspectiva de la reconstrucción un sujeto moral que está herido y necesita ser sanado. Es el proceso de la conversión.

Se suele pensar la conversión como el proceso de vuelta a Dios después de estar alejados de Él. La palabra conversión viene del latín *conversio*, que traduce el griego *epistrophé* (ἐπιστροφή) que significa “volverse a”³⁹. Pero se puede considerar en una perspectiva más amplia, pues la vida cristiana exige un constante esfuerzo de “volverse hacia” Dios, pues “no existe el sujeto cristiano sin la verdad de una conversión”⁴⁰. Así pues, independientemente del punto de partida, la vida de fe nos invita a un esfuerzo continuo de buscar a Dios en todo lo que hacemos, es decir, a una conversión constante⁴¹.

En este sentido dice Juan Pablo II:

El auténtico conocimiento de Dios, Dios de la misericordia y del amor benigno, es una constante e inagotable fuente de conversión, no solamente como momentáneo acto interior, sino también como disposición estable, como estado de ánimo. Quienes llegan a conocer de este modo a Dios, quienes lo “ven” así, no pueden vivir sino convirtiéndose sin cesar a Él. Viven pues *in statu conversionis*; es este estado el que traza la componente más profunda de la peregrinación de todo hombre por la tierra *in statu viatoris*⁴².

39 Sobre el concepto de bíblico de conversión, cf. LARRÚ, “La conciencia de pecado y la llamada a la conversión en el contexto cultural actual”, 24.

40 PÉREZ-SOBA – FRIGERIO, *Ricostruire il soggetto morale cristiano*, 13.

41 Cf. LARRÚ, “La dinámica conversiva de la acción en Santo Tomás de Aquino”, 332.

42 JUAN PABLO II, *Carta encíclica Dives in Misericordia* (30-XI-1980) 13.

Vamos ahora a destacar tres características que tiene este proceso de conversión⁴³.

Primero, *la conversión es un don de Dios* que se ofrece a la persona. El don de Dios tiene una prioridad absoluta en la vida del hombre. Esto se aprende de modo natural en la familia, donde el hijo tiene la experiencia fundamental de su origen en otros: otros le dieron la vida, otros le dieron el nombre y su identidad. Esta propiedad del don que antecede se vive también en el proceso de iniciación sacramental que se recibe como don. “La conversión no es, por consiguiente, una autorrealización del hombre, sino que es siempre un movimiento de respuesta a la gracia, ya que Dios se anticipa y se adelanta al hombre ofreciéndonos el don de la gracia, fruto del amor divino. El dinamismo esencial de la conversión presupone una acción primera de Dios a la que el hombre consiente y colabora progresivamente”⁴⁴.

Es por eso que la conversión nace en el encuentro con Cristo: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”⁴⁵. A este respecto comenta la profesora Oana Gotia: “La plenitud descubierta en Cristo como fin y destino de la vida pone en juego un nuevo orden radical en la vida del cristiano que recibe la libertad de aprender a ordenar y gobernar todos los bienes humanos en vista del Amado, descubierta como el fin último de la vida”⁴⁶. Así pues, la conversión es dejar que Cristo conforme mi vida de un modo nuevo, tomar como propio ese horizonte que él me abre para vivir en plenitud nueva en mi vida.

Esta centralidad del encuentro con Cristo confirma cómo la conversión es parte del proceso fundamental de nuestra vida. Nos decía Benedicto XVI que cada persona tiene que elaborar una síntesis personal entre lo recibido y lo nuevo, entre la tradición que ha recibido y su proyecto de vida. El mismo proceso de maduración personal hace que vayan surgiendo preguntas cada vez más profundas y que comprometen de modo más radical la propia vida.

43 Una presentación articulada incluyendo diversas perspectivas del proceso de conversión puede verse en *Teología y Catequesis* 146/1 (2020), titulado “Experiencia de Dios, conciencia de pecado y conversión”,

44 LARRÚ, “La dinámica conversiva de la acción en Santo Tomás de Aquino”, 328.

45 BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Deus caritas est* (25-XII-2005) 1.

46 O. GOTIA, “Kerygma e Didaché nel profilo di una morale cristiana”, en: PÉREZ-SOBA – FRIGERIO, *Ricostruire il soggetto morale cristiano*, 232.

El tiempo del discernimiento vocacional es un claro ejemplo. Ahí la persona se encuentra en un cruce de caminos donde debe recibir como don esa orientación decisiva, pues no quiere construirla fuera de la amistad con Cristo, pues ahí se le darán también los elementos para vivir en plenitud el don de sí en el amor.

Segundo, la conversión supone un *reconocimiento de la verdad en la conciencia*. Podemos afirmar que la conversión es volver a la verdad de la propia identidad y del propio ser. Como muestra bellamente la parábola del hijo pródigo, la conversión no brota de tomar conciencia de la propia necesidad o de la memoria de la ofensa al padre. La conversión nace de una memoria mucho más fundamental: la de ser hijo. Por eso, “el arrepentimiento consiste esencialmente en un cambio interior por el que uno se reconoce como alguien diferente al que realizó una determinada acción”⁴⁷.

Si la conversión brota de la memoria del propio ser, convertirse es dejar que la propia vida sea configurada de nuevo por ese don originario que constituye del modo más verdadero mi propia identidad y que es la fuente de mi dignidad personal: el ser amado por Dios. “La conversión a Dios consiste siempre en *descubrir su misericordia*, es decir, ese amor que es paciente y benigno a medida del Creador y Padre... La conversión a Dios es siempre fruto del ‘reencuentro’ de este Padre, rico en misericordia”⁴⁸.

Por eso la conversión mueve a un cambio decisivo de conducta, de la propia vida moral⁴⁹. Es lo que vimos al hablar de la unidad entre verdad y amor. El sujeto emotivo que predomina hoy en nuestra cultura podría pensar que lo fundamental en la conversión es ese “sentirse bien”. Esta tentación se supera si se reconoce la verdad de quién soy, y la verdad del bien y el mal que me permiten construir una comunión o destruirla.

Este reconocimiento de la verdad también se refiere a la verdad del bien en el corazón o el mal causado por el pecado. La Iglesia nos enseña con autoridad esta verdad del bien y el mal⁵⁰. La Iglesia es también el ámbito de acción del Espíritu Santo que “convence al mundo en lo referente al pecado” (cf. Jn 16,7). Comentando este texto, Juan Pablo II dice: “La conversión *exige la*

47 LARRÚ, “La conciencia de pecado y la llamada a la conversión en el contexto cultural actual”, 22.

48 JUAN PABLO II, *Dives in Misericordia* 13.

49 Cf. LARRÚ, “La dinámica conversiva de la acción en Santo Tomás de Aquino”, 328.

50 Cf. GOTIA, “*Kerygma e Didaché* nel profilo di una morale cristiana”, 229-230.

convicción del pecado, contiene en sí el juicio interior de la conciencia, y éste, siendo una verificación de la acción del Espíritu de la verdad en la intimidad del hombre, llega a ser al mismo tiempo el nuevo comienzo de la dádiva de la gracia y del amor: Recibid el Espíritu Santo”⁵¹. Este “Consolador” nos da una connaturalidad con el bien y nos convence de la verdad del amor de Dios.

Finalmente, la conversión implica un proceso de sanación o la *reconstrucción del sujeto moral* debido a las heridas que el pecado causa en el corazón de la persona. La conversión es un cambio hacia una vida más plena y filial, conforme a la ley de Dios y viviendo el don de sí. Esta vida nueva requiere, como acabamos de ver, el reconocimiento de la verdad del bien en el corazón. También requiere una voluntad capaz de elegir el bien conocido. Y requiere la virtud como mediación afectiva que orienta los deseos al bien y mueve la voluntad para realizarlo. Este dinamismo virtuoso pide la acción de la gracia, especialmente cuando es necesario sanar heridas. La conversión tiene como resultado final la criatura nueva que vive según el Espíritu.

Este proceso de conversión pide muchas veces un acompañamiento. El papel de lo que hemos llamado la comunidad originaria se demuestra en este momento totalmente necesaria. Si la conversión pasa por volver a la verdad primera del don recibido, es en la familia y en la Iglesia donde hemos tenido experiencia de ese don. Además, si la conversión pide abrir la propia conciencia a la verdad del bien, es la comunidad originaria la que nos ha enseñado esa verdad y es su espacio relacional el que ha facilitado su acogida. Convertirse será siempre en cierto modo ese “me pondré en camino adonde está mi padre” (Lc 15,18), a la propia familia, a la verdad de mis relaciones. Pero también, y especialmente porque esa conversión es vuelta a la vida sacramental, requiere a la Iglesia.

Reconstruir el sujeto moral es sanar las heridas, renovar las virtudes en la persona y acompañar la acción de la gracia para tejer de modo nuevo las relaciones: en el don de sí y en la entrega sincera a los demás. Por ello, la reconstrucción del sujeto moral encuentra su ámbito natural en ese espacio relacional de la familia y la Iglesia.

51 JUAN PABLO II, *Carta encíclica* Dominum et Vivificantem (18-V-1986) 31.

CONCLUSIÓN

La familia es la más fundamental comunidad educadora. En el proceso educativo la persona es introducida en la realidad, realidad que para una vida verdaderamente humana es una red de relaciones interpersonales. La familia ofrece ese espacio fundamental de relaciones, e introduce de modo sacramental a dimensiones más profundas de la propia vida y a relaciones que no son inmediatas, fundamentalmente la relación con Dios Padre.

Esta relación con Dios es algo vivo en los sacramentos, donde el hijo es introducido en el espacio relacional de Jesucristo y participa en la comunión de amor de Dios. Los sacramentos de iniciación son ritos de paso en este proceso, que configura la vida del hijo como vida sacramental.

La familia, donde la persona se reconoce como hijo, introduce al hijo en su relación con Dios Padre. Esta relación filial se construye desde la acogida de un don originario y crece en la acción moral donde la persona vive en la verdad y el amor. Esta experiencia filial en la familia proporciona los elementos fundamentales para la propia vida y marca las coordenadas del proceso de conversión. En efecto, la conversión es vuelta a la casa del padre, recuperación de esas relaciones que me constituyen en la verdad de mi ser, y acogida en mi corazón de ese bien y ese amor que la familia ofrece siempre como don primero, incondicional y siempre disponible.

Así la familia, que juega un papel decisivo en la formación de la persona, tiene también un lugar fundamental en su iniciación a la vida en Cristo y en ese proceso de conversión que es propio de su *status viatoris*, del camino en el que acompañado por su familia y guiado por la luz de Cristo, el hijo hace en su tiempo un camino de la comunidad originaria de la familia, a través de la comunión eclesial, hasta la plena participación de la vida de Dios.